

Stoa

Vol. 17, no. 34, 2026, pp. 227-242

ISSN 2007-1868

DOI: 10.25009/stoa.2026.34.2883

ESCOMBROS DE HORMIGÓN: SOBRE EL PARADIGMA
DE HABITAR UN MUNDO DESECHABLE

Concrete Rubble: On the Paradigm of
Inhabiting a Disposable World

GIOVANNI PEREA-TINAJERO

Universidad Nacional Autónoma de México

giovanni.perea@unam.mx

<https://orcid.org/0000-0001-9901-7117>

México

RESUMEN: El presente texto ofrece una comprensión del impacto medioambiental causado por la producción en masa de escombros de hormigón o concreto.¹ Para ello se realiza un análisis paradigmático en el que los escombros sirven de caso ejemplar para mostrar las consecuencias sociales, ambientales y urbanas de su producción. A partir de este planteamiento se sustenta la tesis de que el hormigón que genera los escombros, al igual que muchos productos, evidencia el sentido de un mundo desechable. Con base en esto, se reafirma su producción en masa como parte de un sistema e industria que explota recursos y, a su vez, aumenta las desigualdades e injusticias geográficas y espaciales. En este sentido, se ponen en cuestión ideas sobre el desarrollo y el crecimiento económico, causas de la crisis ambiental actual.

PALABRAS CLAVE: escombros · hormigón · justicia ambiental · justicia espacial · desechables

Recibido el 31 de enero de 2026

Aceptado el 22 de junio de 2026

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

¹ Hormigón es la denominación usual del español ibérico, mientras que en América Latina se le conoce como concreto.

ABSTRACT: This text offers an understanding of the environmental impact caused by the mass production of concrete rubble. To this end, a paradigmatic analysis is carried out in which rubble serves as a case study to show the social, environmental, and urban consequences of its production. Based on this approach, the thesis is put forward that concrete, which generates debris, like many products, reflects the disposable nature of our world. On this basis, its mass production is reaffirmed as part of a system and industry that exploits resources and, in turn, increases geographical and spatial inequalities and injustices. In this sense, ideas about development and economic growth, causes of the current environmental crisis, are called into question.

KEYWORDS: Rubble · Concrete · Environmental Justice · Spatial Justice · Disposable

1. Introducción

Desde la fabricación de armas de destrucción masiva, los daños en las guerras contemplan afectaciones tanto a la población como a los edificios destruidos, que en casos de devastación se cuentan en metros cúbicos de escombros.² Esto mientras empresas constructoras invierten en concesiones e infraestructura en zonas de guerra como Palestina,³ en una dinámica económica que lucra con la destrucción constante. Por otro lado, en 2019 resaltó a nivel mundial la noticia del incendio de la catedral de Notre Dame en París, ante la cual organizaciones internacionales, colectivos y gobiernos de Estados mostraron conmoción, logrando la gestión de trabajos de restauración. Aunque parecen dos casos aislados, están relacionados por la manera en cómo tratan a sus escombros. Mientras que a unos se les toma como objetos de consumo y desecho, en el segundo caso se reivindicán, cuidan y reparan. Gran parte de esta distinción se debe a los intereses económicos y a la industria de la construcción (que a su vez depende de la inmobiliaria).

En este tenor, el presente artículo pretende hacer un análisis reflexivo sobre el impacto de la industria de la construcción en el medio ambiente, tomando

² En los recientes conflictos en la Franja de Gaza, la agencia Forensic Architecture, liderada por Eyal Weizman, ha realizado una serie de estudios sobre las narrativas e informes de guerra en tal zona, de donde destaca el escombros como evidencia. A su decir: “Con la creciente urbanización de los conflictos, las representaciones del entorno construido se están llamando como evidencia en los tribunales internacionales y los medios de comunicación” (Weizman 2012, p. 137). De ahí la importancia de la recuperación de escombros.

³ Según Castelos (2023) en su artículo, “Palestina y las empresas: lost in occupation”, existe una serie de empresas inversoras detrás de las guerras, como el caso de la mexicana CEMEX, que se benefician del constante ciclo de construcción y destrucción, y de la producción de escombros.

como caso a la producción de escombros. Apoyados en un método pragmático en el que se toman hechos ejemplares, se intenta mostrar que el escombros abre una comprensión sobre un habitar nocivo en el espacio construido. Esto permite sostener la tesis de que nuestra época contemporánea se caracteriza por generar y depender de dinámicas de consumo desechables, en las cuales los productos duran poco en proporción con su degradación e impacto ambiental. Con ello, la entrada de la arquitectura en los procesos de industrialización y en el mercado de especulación financiera, ha traído como resultado que la construcción forme parte de un ciclo de consumo que tiende a dinámicas que buscan lo desechable de manera perpetua. De modo que los escombros son el ejemplo de ese paradigma que hace de las cosas un objeto de consumo, y de estos, productos desechables.

Ante este planteamiento nos preguntamos ¿qué es el escombros?, ¿cómo se le ha conceptualizado?, y ¿qué horizontes de sentido abre una época caracterizada por lo desechable de su materialidad cotidiana? Se toma al escombros por ser un desecho material de construcción y, como tal, un elemento primordial en la conformación de cualquier ciudad y hábitat humano.

2. Escombros que se desecha injustamente

Se le denomina escombros al material de construcción desechado que involucra piedras, ladrillos, metales y, por lo regular, trozos de hormigón o concreto. En lengua hispana tiene una connotación material y se trata de un término que se refiere al desperdicio que queda después del derrumbe de un edificio o inmueble. El término viene del latín “[...] excomborare, ‘sacar estorbos’, del celta cūmbūros ‘amontonamiento’, ‘obstáculo’ [...]” (Corominas 1987, p. 245). Este significado tiene sentido al menos en el español latino (de México), donde la palabra escombros puede ser el sustantivo del verbo escombrar, que quiere decir ordenar, limpiar, organizar, etcétera. Esta coincidencia terminológica entre el sustantivo *escombros* y el verbo *escombrar* puede sugerir que hacer de un inmueble un conjunto de escombros implica un proceso de limpieza espacial: barrerlo o dejarlo sin lugar.

Pero ¿qué ocurre con los escombros? En los últimos años la industria de la construcción ha popularizado el uso de los bloques de hormigón y del hormigón armado, gracias a su rápida producción y bajo costo; no obstante, esto ha consolidado el uso de uno de los materiales más nocivos para el medio ambiente (Cordero, Á. F. N., Abrio, M. T. R., & Maqueda, M. J. R. 2012, p. 6). Aunque su producción es aparentemente noble (fabricado con arena,

cemento, grava y agua), la cantidad de materiales extraídos para su producción ha tenido un grave impacto para el entorno, como el desgajamiento de cerros y la erosión de la tierra. Esto se debe a que el hormigón: “[...] es el material más utilizado en la Tierra después del agua, y si la industria del cemento fuera un país sería el tercer mayor emisor de CO₂, con dos mil ochocientos millones de toneladas al año” (Jappe, 2021, p. 83).⁴ Cuando se piensa en los daños al medio ambiente, comúnmente se habla de los desechos y residuos que dejan los consumidores, pero en muchas industrias, donde la construcción no es la excepción, la producción es altamente destructiva. “El hormigón es responsable, según las estimaciones, de entre el 4 y el 8 % de las emisiones mundiales de CO₂ (cada tonelada de hormigón producida genera una tonelada de CO₂)” (Jappe 2021, p. 83).

Pero quizá su consecuencia más relevante aparece cuando se convierte en desecho, en algo prescindible que se puede tirar, apartar o remover. Los escombros generados por el derrumbe de construcciones de hormigón difícilmente son reciclados y aunque es posible reutilizarlos, el proceso representa un costo mayor que su producción con materias primas. Triturarlos y calentarlos para su reciclaje requiere mucha energía (en su mayoría generada por petróleo, energía nuclear y carbón) además de que el proceso consume cerca del 10 % del agua disponible del planeta (Jappe 2021, p. 83).⁵

Otro problema es que esta dinámica de extracción, producción, construcción y desecho se desarrolla de manera injusta. Es común que los problemas ambientales se generalicen, es decir, que se piense que afectan a todos por igual. Lo cual es cierto si la Tierra se concibe como la *casa común*; sin embargo, el impacto inicial muchas veces depende de circunstancias que van desde el lugar que se ocupa en un territorio, el estatus social para habitarlo y la calidad de los recursos a los que se puede acceder. En otras palabras, los efectos del daño ambiental no se padecen de forma equitativa, por el contrario; estos se ensañan con las periferias y zonas marginadas a nivel mundial, regional o urbano. El caso de la catedral de Notre Dame, citado al principio, sugiere que las construcciones de mayor calidad estaban reservadas para los

⁴ Después de la producción de acero y plástico, la producción de cemento es una de las industrias que más emite dióxido de carbono.

⁵ Según Cogollo y Suárez (2021), el manejo de residuos de construcción es relativamente nuevo, y aunque es una tendencia que va en crecimiento, la mayoría de los escombros suelen terminar en rellenos sanitarios. Si bien la mayor parte del mundo no recicla sus escombros, por su parte, la Unión Europea está planteando restricciones al uso de hormigón que no contenga cierto porcentaje de materiales reciclados provenientes de demoliciones previas (Torres et al. 2017).

más adinerados o para sectores relevantes como la iglesia, situación que no ha cambiado demasiado hasta la fecha.

Aunque aparece como un problema generalizado, la producción de escombros derivado de hormigón y sus efectos están presentes en lo que, siguiendo a Edward Soja (2024), se denomina (*in*)*justicia espacial*. Tal concepto es usado para demostrar que la infraestructura y el desarrollo urbano pueden ser mayores o menores dependiendo del sitio, lo cual se puede ver, por ejemplo, en el acceso a servicios como escuelas, hospitales y vialidades que las conecten. Con ello, Soja (2014) pretende mostrar que muchas de las cualidades en el espacio se distribuyen de manera inequitativa:

Vivir en la superficie de la tierra es la fuente existencial del desarrollo desigual, en primera instancia porque nuestro ser está expuesto continuamente a los efectos de fricción de la distancia. Esta fricción y sus propiedades físicas relacionadas no sólo hacen imposible que dos objetos materiales ocupen exactamente el mismo lugar al mismo tiempo, sino que también producen desigualdades en otras direcciones (Soja 2014, p. 112).

En otras palabras, lo variable y extenso del espacio determinan el acceso, las ventajas o desventajas que se tengan. Aunque muchas están condicionadas por el lugar que se ocupa, la acción humana trata de limar esas diferencias gracias a una urbanización más justa del espacio. Así, el concepto de *justicia* deja de ser una idea meramente abstracta para trasladarse a la una dimensión distributiva, que por antonomasia es una característica espacial. Por su parte, Francisco Colom (2024) acota las dimensiones de la justicia a la ciudad: justicia urbana, que aparece como un concepto evaluador de los procesos de urbanización; tanto en el acceso a servicios como en la gestión de desechos. Con este marco teórico es posible confirmar que la construcción de inmuebles duraderos y de buena calidad, así como la generación de escombros, pueden afectar más a ciertos sectores de la población que a otros. El sitio en el que se vive puede determinar las dimensiones de la afectación, pues no es lo mismo vivir en un barrio cuyos edificios están contruidos con materiales durables que habitar una vivienda cuya fecha de caducidad, en el caso del concreto armado, puede reducirse de 50 a 80 años, que es el tiempo más corto en comparación con otros materiales de construcción (Jappe 2021, pp. 92-93). Esta

situación puede tener mayor riesgo en el caso de obras públicas como puentes, hospitales o vialidades, en general.⁶

En una línea similar se encuentran las críticas marxistas de David Harvey aplicadas a la geografía. Para Harvey (2021), la configuración y distribución de la riqueza a nivel territorial depende de factores y elementos geográficos que favorecen o demeritan a la población. Desde su teoría geográfica-económica se puede hacer una exploración de las condiciones materiales que influyen en la vida de las personas, cuyas diferencias se notan, incluso, en el caso de normas de regulación para el uso del espacio natural, ya que “[...] muchas de estas restricciones medioambientales proporcionan normas a las que debe ajustarse el desarrollo geográfico desigual” (Harvey 2021, p. 89).

De acuerdo con esta postura, los efectos de la contaminación también se padecen de manera distinta en función del lugar donde se habita. Esto se puede apreciar a nivel mundial en la división geográfica de los hemisferios globales marcados por sus características culturales y económicas. Mientras que el hemisferio norte resalta por tener las naciones más ricas y potencias militares con políticas históricamente imperialistas, en el sur global se encuentran sus contrapartes: países en desarrollo, dependientes de las potencias económicas y la mayoría con una marcada herencia colonial. Además, estos últimos comparten la característica de albergar las sedes de grandes empresas manufactureras. Tan solo en los últimos años, gran parte de los países del sur global han formado parte de una cadena de producción vendiendo sus recursos, fabricando y exportando productos. Como se puede advertir, esta región es la que más padece los efectos ambientales por su posición en la cadena de producción comercial global. Países como India, China,⁷ México, Chile y Sudáfrica sufren las repercusiones de la extracción de materiales, así como de la contaminación que deja la manufactura.

De acuerdo con Enaidy Navarro Reynosa (2015), la crisis ambiental que actualmente se vive tiene que ver con el paradigma del supuesto desarrollo y crecimiento económico a escalas globales, pero que agudiza las desigualdades entre regiones. Lo anterior daría a entender que estamos ante una industria que

⁶ Un ejemplo cercano es el lamentable colapso del puente que sostenía el tramo elevado de la Línea 12 del Metro de la Ciudad de México en 2021. Aunque su material era mixto (concreto y acero), la estructura se venció debido a fallas en el armado (Parsons, 2021).

⁷ China se está optando completamente por el uso de concreto u hormigón para la construcción de obras públicas, sobre todo las relacionadas con el tránsito vehicular y de trenes de alta y mediana velocidad (Maroto, 2024).

no solo daña el medio ambiente, sino que a su vez, precariza las maneras de construir y habitar.

A partir de lo anterior se puede constatar que actualmente las prácticas económicas generan una afectación injusta que vulnera ciertas regiones. En tales circunstancias se está ante formas de injusticia espacial que van desde la cercanía de las ciudades, pasando por el territorio al interior de las naciones, hasta hacerse patente en las regiones del mundo. Aunque no se visibiliza popularmente, el escombros forma parte de esta dinámica de contaminación al ser depositado, en la mayoría de los casos, en las periferias.

3. Lo desechable como horizonte de sentido

Como se ha dicho, el escombros es un residuo difícil de reutilizar y poco rentable para reciclar; de ahí que sea un recurso tan poco renovable y nocivo para el medio ambiente.⁸ Sin embargo, pese a su impacto ecológico, el hormigón (de donde deriva la mayor cantidad de escombros que se desechan en la actualidad) es el material más usado en la industria de la construcción, incluso por encima del acero o el ladrillo; y muy por encima de la piedra de cantera que dominó la arquitectura siglos atrás (Jappe 2021, pp. 21-22). Por ejemplo, materiales que hoy se estiman obsoletos para la arquitectura contemporánea, como la piedra, el adobe, la arcilla o el yeso aún se pueden apreciar en ruinas y monumentos históricos que ahora forman parte del patrimonio histórico. Ahora son menos usados, pero ¿por qué estas construcciones antiguas han sobrevivido hasta la fecha?, ¿acaso se debe a la fragilidad de los materiales actuales?, o ¿quizá a las técnicas de arquitectos y artesanos?

Para tomar un caso comparativo, veamos que, a diferencia de la mayoría de las construcciones contemporáneas, donde impera el hormigón como material principal, las construcciones novohispanas realizadas desde el siglo XVI hasta principios del XIX, usaban materiales menos procesados, como la piedra de cantera, el tezontle —que aún se puede apreciar en muchos edificios del Centro histórico de la Ciudad de México—, así como materiales cocidos como adobe y ladrillo, ensamblados con mortero tradicional (Morales 2011, pp. 156-157); Esta articulación de materiales pensada para que los edificios duraran más tiempo logra su cometido, ya que muchos inmuebles han sobre-

⁸ A decir de Jappe (2021): “El reciclaje del hormigón es posible, pero es la excepción de la regla. Se observan variaciones de un país a otro: en Brasil se recicla menos de 1%, apenas el 10% en China, Finlandia, Grecia y Chipre, para llegar al 90% en Japón y en diversos países europeos” (p. 95).

vivido a diferentes fenómenos sociales y naturales (incluso a los terremotos más destructivos).

Pero entonces ¿cómo es posible que aquellos edificios fueran más duraderos en el pasado? La razón principal, como se puede intuir, tiene que ver con la elección con fines de lucro, de los materiales que usamos actualmente. La mayoría de los productos usados en lo cotidiano son cada vez más obsoletos, tienen fecha de caducidad y están diseñados para ser desechados y reemplazados cada cierto tiempo. Esto se conoce como obsolescencia programada, practicada y popularizada por los fabricantes de electrónica y dispositivos informáticos. Como se sabe, esta estrategia de mercado tiene como propósito la venta constante de productos basada en tendencias (modas), actualizaciones constantes (en la industria de la electrónica), así como en el alza en los costos de reparación. La mayoría se vuelven desechables y, con ello, no solo crece el daño ambiental que ocasionan, sino también la imposibilidad de apropiarse de un producto.

Tan solo en Europa, la reconstrucción de las ciudades después de la Segunda Guerra Mundial tuvo un giro al pasar de la albañilería tradicional con piedras, al uso de materiales industrializados como el hormigón por razones económicas (Jappe 2021, p. 37). El material es más barato, pero también es efímero. Los edificios de hormigón no duran tanto y, al mismo tiempo, requieren mayor mantenimiento, restauración e incluso reconstrucción total o parcial. Desde luego, esta durabilidad obsoleta trae consigo una dinámica de consumo inmobiliario rentable.

Si bien el problema de la obsolescencia está presente en muchos objetos de consumo (ropa, electrónicos, autos, etcétera), de los cuales más o menos se puede elegir, no es así de sencillo en el caso de la industria inmobiliaria y de la construcción, ya que los costos son más altos y la elección de los materiales para una vivienda queda reservada para quien puede pagarlos. En otras palabras, la responsabilidad ética con el medio ambiente es casi imposible de asumir cuando se trata de adquirir un inmueble.⁹

El uso de hormigón supone a su vez la construcción de inmuebles desechables que terminarán masivamente en escombros. En este sentido, su uso guarda una estrecha relación lucrativa para la industria de la construcción: la

⁹ En palabras de Jappe (2021), en el siglo XIX el hormigón era “cosa de pobres” (p. 32). Por un lado, el bajo costo de los inmuebles en apariencia y en lo inmediato ha mitigado el problema de la vivienda y las crisis inmobiliarias, por otro, el impacto ambiental supone una disyuntiva para la mayoría de la población: cuidado ambiental o abaratar costos de construcción. Aunque para las empresas constructoras el hormigón supone un campo seguro para la inversión.

edificación y derrumbe constante. Así, esta producción trae consigo un impacto medioambiental cuestionable ante una industria que lleva lo desechable como premisa principal. Lamentablemente esta situación no solo tiene que ver con los costos a cubrir para los habitantes, sino también con la imposibilidad de apropiarse del espacio o, en su defecto, de reducir el sentido de pertenencia a su vivienda a la temporalidad efímera del hormigón. De acuerdo con este contexto, se puede afirmar que el derecho a la ciudad y al acceso al espacio se tambalea entre los potenciales escombros de construcciones cada vez más desechables.

Esto último evidencia que todo aquello que se adquiera tenderá a ser provisional, entonces, poder apropiarse de algo (y gozar de su duración) resulta cada vez más difícil. Es decir, que esta efímera condición de los productos hace también pasajera su posesión.¹⁰ Cada vez es más común que los ritmos de reemplazo de los productos que consumimos sean más rápidos. Las cosas parecen, por un lado, más baratas y, por otro, menos duraderas.

Sin embargo, lo paradójico del hormigón es que, mientras se inserta en una lógica de vida útil fugaz, su desecho —el escombro— persiste en el entorno durante décadas. Al igual que muchos productos, su degradación parece más prolongada desproporcionalmente que su tiempo de uso. Por ejemplo, una bolsa de plástico, usada para empaquetar comida, puede tener una duración de uso de 20 minutos aproximadamente, mientras que su degradación puede tardar hasta 50 años. Ante ello, se puede preguntar ¿vale la pena el daño ambiental generado por unos cuantos minutos de uso? En el caso del escombro, que puede tardar hasta 100 años en degradarse, la cantidad desechada forma parte de este paradigma global que ha generado una economía voraz de los recursos, al tiempo que daña el medio ambiente.

Esta dinámica se ha generalizado debido a los procesos de industrialización, abarcando distintas esferas comerciales donde la construcción no es la excepción. El problema es que se trata de un sector crucial e imprescindible para la vida cotidiana, para la vivienda y la infraestructura pública. Se sabe que hay errores de construcción, ingeniería y diseño, pero lo que resalta en el caso del hormigón es que parece diseñado para no durar. En ese sentido hay una intencionalidad, en el proceso *poiético* o de creación, de que el producto obtenido sea desechable.

¹⁰ Al igual que la durabilidad de los productos supone una posesión pasajera, dinámicas como el consumo entretenimiento por streaming de música o películas también forman parte de este paradigma comercial que impide la apropiación de productos.

Con base en lo anterior se afirma que *lo desechable* no se define únicamente por los materiales de los cuales está hecho, sino, principalmente por estar ingeniado intencionalmente para usarse de manera efímera. Esta intencionalidad técnica es posible porque no solo radica en el objeto creado, sino en lo que Martin Heidegger denomina *historicidad*; un horizonte en el cual las cosas, actos y personas tienen sentido. En sus palabras: “Sentido es el horizonte del proyecto estructurado por el haber previo, la manera previa de ver y la manera de entender previa, horizonte desde el cual algo se hace comprensible en cuanto algo” (Heidegger 2009, p. 170). De acuerdo con esto, se puede interpretar que lo *previo* a la existencia de una persona (*Dasein*)¹¹ es el horizonte de sentido que configura un mundo cargado de historia. Solo sobre esta base es que la existencia tiene sentido frente a los entes. En otras palabras, las cosas tienen sentido gracias al espacio y tiempo en el que aparecen: su contextura.

Por esta razón, en otro tiempo como en la Antigüedad o en el Medioevo la producción de desechables no tendría sentido. Solo lo tiene en nuestra época, donde el capital impera como premisa principal de acción e intencionalidad.¹² De ahí que el escombros como desecho derivado del hormigón haga notar de manera ejemplar el paradigma de nuestra era desechable.

Esta intencionalidad técnica permite, a su vez, nuevas formas de concebir el mundo. Porque a la creación de entes, de productos o tecnología, le subyace la *intención* de cambiar o modificar nuestra relación con el entorno; es decir, que el ser humano crea entes que a su vez cambian su manera de concebirlo. Por ejemplo, en el siglo XX la aparición de armas de destrucción masiva, como las bombas atómicas, trajo consigo —dentro o fuera imaginario colectivo— la idea de que el mundo puede ser destruido. Lo mismo ocurre con la actual era digital que permite la comunicación instantánea, o los aviones intercontinentales, que reducen la percepción de las distancias entre las personas. Según Enrique Dussel (2011), la técnica genera nuevos objetos que no existían en un principio, pero que al presentarse el mundo aparece como distinto. A su decir: “El ente natural es una cosa-sentido en potencia, o mejor y más exactamente una cosa natural con sentido (diferenciándola de la cosa cultural o artefacto que es propiamente la cosa-sentido)” (p. 171). Siguiendo esta ontología se diría que el ser humano actualiza mediante la técnica el sentido del

¹¹ Es el término que usa Heidegger para definir al ser que se pregunta por el sentido de su existencia.

¹² El problema del sentido es amplio, pero aquí se limita al ámbito ontológico del habitar. Para Jean-Luc Nancy (2003, pp. 81-82), el sentido es un horizonte que impera de manera distinta en cada época, siendo el capital el de nuestro tiempo.

material natural que estaba en potencia. Con ello es evidente la relevancia en la intencionalidad lucrativa impregnada en el acto cultural de producción y consumo. Por eso la aparición de lo desechable como manera de entender las dinámicas comerciales y económicas genera la percepción de que habitamos un mundo similar. Entonces estos entes, empero, desechables generan en el humano —ser cultural— una disposición particular: tendemos a ver las cosas como efímeras, pasajeras, inestables, etcétera. Se trata de cómo nos aproximamos a las cosas, *proxemia*¹³ —en palabras de Dussel— que devela el sentido (histórico) como horizonte de comprensión. “Los artefactos u objetos que nos rodean en el mundo cotidiano, la proxemia, son entonces productos del trabajo humano” (Dussel 2011, p. 202). En este tenor, las cosas no son elementos neutros, pueden crearse o perecer, pero no son *solo* elementos; hacen aparecer un sentido en el *entre* del humano con las cosas del mundo. De esta manera, la relación entre las cosas y el humano puede derivar en procesos históricos, y actualmente en sistemas de producción y consumo que han transformado la construcción de la vivienda en un ejercicio mercantil.

Karl Marx (2008) distinguía en su teoría de la mercancía una axiología basada en la intención sobre el objeto. Para él las cosas tenían valor de uso (por su utilidad) y valor de cambio (comercial) (p. 43). El primero tiene que ver con la potencialidad de un objeto para servirse de él, mientras que en el segundo las cosas valen en tanto que puedan ser comerciadas. Cuando esta axiología afecta a los edificios, se corre el riesgo de que su valoración quede en función de la oferta y la demanda, y con ello, su valor comercial esté por encima de su valor de uso:

Si hacemos abstracción de su valor de uso, abstraemos también los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso. Ese producto ya no es una mesa o casa o hilo o cualquier otra cosa útil. Todas sus propiedades sensibles se han esfumado (Marx 2008, p. 47).

El peligro que se puede vislumbrar con Marx es la indiscriminada abstracción de los valores de uso para hacer de cualquier cosa una mercancía intercambiable. Por lo tanto, una vivienda, en tanto que inmueble, vale más por ser comerciada que por ser habitada. “En la relación misma de intercambio entre las mercancías, su valor de cambio se nos puso como algo por entero

¹³ El concepto de *proxemia* sirve para comprender los modos en que nos aproximamos a las cosas, como el de *proximidad* hacia otros seres humanos. Estos conceptos permiten una comprensión del sentido que aparece entre dos entes (humanos o no). Se pueden ver en *Filosofía de la liberación* de Enrique Dussel (2011, p. 202) y en la obra de Josep Maria Esquirol (2021) *Humano más humano* (p. 13).

independiente de sus valores de uso” (Marx 2008, p. 47). En esta lógica, la construcción de edificios cada vez más efímeros y, por lo tanto, constantemente intercambiables, representa una ganancia mayor, justificando el uso de materiales desechables. De modo que lo mismo da convertirlas en escombros que sostener su existencia.

Ante este panorama ¿cuáles son las alternativas de construcción que pueden mitigar el impacto ambiental? Como se puede ver, la producción de escombros en masa aparece como la consecuencia de políticas que a su vez responden a la sistematización de un paradigma de producción cuyos objetivos económicos están por encima del cuidado ambiental. En otras palabras, mientras no se cambie esta lógica de consumo y no se alarguen los tiempos de vida y de uso en las mercancías, la consecuencia será un entorno cada vez más desechable.

4. Conclusiones: Escombros y desechos de historia

El escombros como forma de desecho es propio de nuestra época. Mientras que la modernidad mostró que es posible hacer ruinas y monumentos de los edificios destruidos o en deterioro, nuestro tiempo solo deja escombros (Choay 2009, p. 89). Actualmente se puede apreciar que muchos de los edificios viejos, con más de dos siglos de antigüedad, han pasado a conformar lo que se denomina patrimonio histórico.¹⁴ Se trata de inmuebles que han pasado a ser monumentos y muchos de estos sobreviven si bien por los materiales, también por el cuidado y mantenimiento constante. Esto debido a que su función va más allá de la vivienda cotidiana, pues guardan un sentido de identidad cultural con sus ciudades. Sin embargo, la mayoría de las construcciones que no son consideradas patrimonio no tienen el mismo destino.¹⁵ Los inmuebles actuales, como se ha dicho líneas antes, tienden a desmoronarse en escombros por su naturaleza desechable. Se trata de construcciones que no sobreviven o al menos no trascienden de una generación a otra. Se construyen, se venden y se derrumban sucesivamente. De manera que este paradigma desechable también inhibe la posibilidad de dejar vestigios, testigos o testimonios y, por lo tanto, de hacer historia.

¹⁴ La idea de la preservación del patrimonio es moderna y responde a la intención de cuidar los vestigios y objetos de valor en museos. Más adelante esta lógica se traslada a ciertos inmuebles convirtiéndolos en monumentos.

¹⁵ “Aunque el concepto de patrimonio defiende la universalidad humana de los monumentos, en la práctica la historia de las guerras recientes ha mostrado una destrucción indiscriminada de edificios, entre viviendas y monumentos, que acaban en escombros” (Perea-Tinajero 2024b, p. 185).

Frente a esta diferencia ¿qué sentido tiene el progreso y la prosperidad en una época a la que paradójicamente le caracteriza lo efímero del consumo, del uso y del desecho? Para responder esta cuestión se sostiene que el escombros es el residuo material de una *historia* que se borra constantemente y que, en consecuencia, se olvida. En la década de 1970 Marshal Berman realizó una crítica a la época y a su inestabilidad política y social. En *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1988) plantea que los procesos de renovación, de vanguardia, así como la constante visión del progreso traían consigo, a su vez, olvido, falta de certeza y estabilidad. Marshal (1988) define esta tendencia de la siguiente manera:

El dinamismo innato de la economía moderna, y de la cultura que nace de esta economía, aniquila todo lo que crea —ambientes físicos, instituciones sociales, ideas metafísicas, visiones artísticas, valores morales— a fin de crear más, de seguir creando de nuevo el mundo infinitamente (p. 302).

Sus críticas sirvieron como base en las protestas ciudadanas en contra del derrumbe de viviendas en barrios de zonas periféricas de Nueva York. Desde luego, como no se trataba de inmuebles rentables, aunque ubicados en sitios de crecimiento económico, su derribo parecía irrelevante. De acuerdo con las posturas de Berman, los últimos años han demostrado un paradigma donde *nada dura*, todo cambia tan rápido que apenas si quedan vestigios y memorias. “Esta fuerza arrasa a todos los hombres y las mujeres modernos a su órbita, y los obliga a abordar la cuestión de qué es esencial, qué es significativo, qué es real en la vorágine en que vivimos y nos movemos” (Berman 1988, p. 302). En este tenor, el escombros sería el desecho potencial que caracteriza a las ciudades actuales, a la fecha de caducidad de sus edificios y a las formas de habitabilidad inestables.

De este modo, las dinámicas de consumo actuales afectan a la base material del hábitat humano: a la ciudad como objeto arquitectónico, al hacer de sus edificios objetos desechables y a la posibilidad de sostener, entre sus muros, un sentido histórico para los habitantes. Según Martin Cowards (2009, p. 6) la continuidad histórica e identitaria con una ciudad sobrevive gracias a sus edificios. Estos otorgan sentido temporal y espacial a sus habitantes. Su reducción a escombros tiene, entonces, la intención de no permitir que sean parte de la historia.

Así, las formas de construcción y destrucción, aunque parecen arbitrarias, responden a un proceso de precarización en el acceso a la propiedad, a la vivienda y a una industria inmobiliaria que privilegia el consumo por encima

de la calidad de vida, el cuidado ambiental y el sentido temporal histórico que los edificios aportan a los habitantes. Decidir qué se reduce a escombros y con qué se construye está en función de la rentabilidad de los negocios propios del sector. Y si se ve con detenimiento, la mayoría de las edificaciones vernáculas, en su mayoría hechas con bloques de hormigón, se encuentran en las periferias de las ciudades: favelas, cinturones de pobreza y en palabras de Mike Davis (2014), *barrios miseria*,¹⁶ que pasarán en menos de un siglo a renovar sus edificios y a desechar el escombros generado. De ahí que este escenario sea parte de dinámicas de injusticia espacial y ambiental. Mientras que, por un lado, las ciudades se gentrifican y suben su valor especulativo, por otro, aumentan las vulnerabilidades en las zonas más pobres.¹⁷

Desde la perspectiva de Humberto Tommasino, Guillermo Foladori y Javier Taks, (2005), la crisis ambiental que actualmente se vive, tiene que ver con la manera en que se ha concebido nuestra relación con la naturaleza. En ese sentido, lo que se daña en el medio ambiente no es solo la vida orgánica o lo que la hace posible, sino la relación con esta. Por esta razón, habría que modificar nuestra relación con la ecología para cambiar, a la vez, el sentido del mundo que le subyace a toda técnica o modo de intervención. Solo entonces, podrían aparecer nuevos *detractores*: excepciones que aspiren a cambiar nuestro horizonte de sentido por uno menos nocivo para el medio ambiente y para el hábitat humano en general. De lo contrario, los escombros continuarán siendo parte de un paradigma global que hace de los elementos más indispensables para la vida humana, como los edificios, un producto desechable.

Referencias

- Bedoya, E., & Martínez, S., (1999), “La ecología política y la crítica al desarrollo”, *Debate Agrario*, no. 29/30, p. 223.
- Berman, M., (1982), *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Castelos, M. A., (2024), “Palestina y las empresas: lost in occupation”, *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. 76, no. 2, pp. 195-232.
- Choay, F., (2009), *Alegoría del patrimonio*, Editorial Gustavo Gil, Barcelona.

¹⁶ La traducción en español es *Planeta de ciudades miseria*, pero el título original del texto de Davis (2007) es *Planets of Slums*.

¹⁷ Como se puede ver, la falta de acceso a la vivienda durable pone en un estado de mayor vulnerabilidad a sectores de la población como en el caso de los adultos mayores. Para más información sobre el tema véase el texto “Vulnerar la vejez. Habitar crisis inmobiliarias al final de la vida” (Perea-Tinajero 2024a).

- Cogollo, A. R. O. & Suárez, J. C. V., (2021), “Manejo de residuos de construcción y demolición y economía circular: una revisión narrativa”, *Lámpsakos*, no. 26, pp. 1-11.
- Colom-González, F. (ed.), (2024), *Urban Justice: Debating Spatial Exclusion, Common Goods and the Built Environment*, Springer Nature, Switzerland. DOI: <https://doi.org/10.1007/978-3-031-73340-6>
- Cordero, Á. F. N., Abrio, M. T. R., & Maqueda, M. J. R., (2012), “El hormigón: Historia, antecedentes en obras y factores identificativos de su resistencia”, *Tecnología y desarrollo*, no. 10, p. 13.
- Corominas, J., (1987), *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid.
- Coward, M., (2009), *Urbicide: The Politics of Urban Destruction*, Routledge, Oxon/Nueva York. DOI: <https://doi.org/10.4324/9780203890639>
- Davis, M., (2007), *Planet of Slums*, Verso, Londres/Nueva York.
- Davis, M., (2014), *Planeta de ciudades miseria*, trad. J. M. Amoroto Salido, Ediciones Akal, Madrid.
- Dussel, E., (2011), *Filosofía de la liberación*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Esquirol, J. M., (2021), *Humano, más humano. Una antropología de herida infinita*, Acantilado, Barcelona.
- Gudynas, E., (2020), “El pegajoso mito del crecimiento económico y la crítica al desarrollo”, *Revista nuestraAmérica*, vol. 8, no. 16, pp. 1-21.
- Harvey, D., (2007), *Espacios del capital: Hacia una geografía crítica*, trad. R. Arribas, Akal, Madrid. (Obra original publicada en 2001).
- Harvey, D., (2021), *Espacios del capitalismo global: hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*, trad. J. M. de Madariaga López de Sá, Ediciones Akal, Madrid.
- Heidegger, M., (2009), *Ser y tiempo*, ed. y trad. J. E. Rivera Cruchaga, Editorial Trotta, Madrid.
- Jappe, A., (2024), *Hormigón: Arma de construcción masiva del capitalismo*, Pepitas ed., La Rioja.
- Maroto, F. P., (2024), *Cementos y hormigones*, Los libros de la Catarata, Madrid.
- Marx, K., (2008), *El capital*, vol. I, Siglo XXI, México.
- Morales, L. R., (2011), “La práctica constructiva en la ciudad de México. El caso del tezontle, siglos XVIII-XIX”, *Boletín de monumentos históricos*, no. 22, pp. 155-178.
- Nancy, J.-L., (2003), *El sentido del mundo*, trad. J. M. Casas, La Marca, Buenos Aires.
- Parsons, J., (17 de junio de 2021), “Multiple construction errors contributed to Mexico subway collapse”. Disponible en: *Engineering News-Record* <https://www.enr.com/articles/51943-multiple-construction-errors-contributed-to-mexico-subway-collapse>
- Perea-Tinajero, G., (2024a), “Vulnerar la vejez. Habitar crisis inmobiliarias al final de la vida”, *Stoa*, vol. 15, no. 29, pp. 7-20. DOI: <https://doi.org/10.25009/st.2024.29.2764>

- Perea-Tinajero, G., (2024b), “Urbicide. Warfare and the Right to the City”, en *Urban Justice: Debating Spatial Exclusion, Common Goods and the Built Environment*, Springer Nature, Switzerland, pp. 181-194. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-031-73340-6_11
- Reynosa Navarro, E., (2015), *Crisis ambiental global. Causas, consecuencias y soluciones prácticas*, GRIN Verlag GmbH.
- Tommasino, H., Foladori, G., & Taks, J., (2005), “La crisis ambiental contemporánea”, *Sustentabilidad*, pp. 9-26.
- Weizman, E., (2012), *The Least of All Possible Evils: Humanitarian Violence from Arendt to Gaza*, Verso, Londres/Nueva York.